

pueblo concurriera á dar su voto. Ocurren á firmar los interesados; y los que no concurren, porque no quieren consentir, pero tampoco quieren declararse por enemigos, se dan por favorables conforme á la regla «qui tacet, consentire videtur» ó «quien calla otorga». Y luego se publica que hubo en su favor tantos millones. ¿Y quién podrá ó se atreverá á desmentir públicamente la especie? ¡Pobre pueblo! Y ciertamente nunca ví uno más ligero, mudable y fútil que el de Francia. Basta, para arrastrarlo, hablarle poéticamente, y mezclar por una parte algunas agudezas, que son su ídolo, y contra los contrarios el ridículo, que es el arma que más temen. Allá los hombres son como mujeres y las mujeres como niños. . . .»

Desde el punto de vista estético la observación le sugiere ideas de un atinado buen sentido:

«En orden á modas,—las más veces ridículas,—dice,—noté una cosa en mi tiempo, que me pareció racionalísima, y era que no había entonces moda determinada en París, y cada mujer se vestía diferentemente conforme convenía á su figura. El peluquero, como nadie usaba polvos, era un hombre de gusto que, después de observar atentamente el gesto de la persona, su fisonomía, color y ojos, iba ordenando los adornos propios para hacer sobresalir la hermosura; cabellos largos ó cortos, rubios ó negros, turbantes ó flores, tal color de

vestido, de arracada, de gargantilla, etc. Así, en el baile que dió el Ministro del Interior al Príncipe de Parma, que pasó á tomar posesión del Reino de Etruria, había quinientas, y nadie emparejaba con otra. Así entonces también me parecieron las mujeres hermosas en París; cuando en 1814, que volví á él, me parecieron demonios con la *chinoasa* ó vestido y peinado á lo chinesco. A proporción de las mujeres variaban los hombres, especialmente el corte del pelo, y conocí claramente por qué, á veces, una misma mujer que hoy nos parece bella, mañana no tanto, ó fea: no conviene el traje á su fisonomía.

«También noté cuán ridículos son los monos. Los españoles son el mono perpetuo, en sus vestidos y costumbres, de los otros europeos, principalmente de los franceses, cuyas modas adoptan sin distinguir tiempos ni ocasiones, y por eso son más ridículos. Ví en llegando el invierno á las mujeres del pueblo con palillos. De allá nos vino la moda que duró por toda la nación española tan largos años; pero ni allá los llevaban las señoras ni nadie sino en tiempo de invierno, en que todas las calles de París son un lodazal, y de allí le vino en latín el nombre de *Lutetia*: los españoles agarran la moda y la usan en todo tiempo. De Francia vinieron las botas y las medias botas, pero sólo se usan allá en tiempo de invierno por el lodo dicho; y ni en este tiempo se atre-



vería nadie á presentarse con ellas en una casa decente, ni se le admitiría, y en Inglaterra, ni en un teatro real. Mi español se las encasquetó para el verano también y se presenta con ellas en todas partes. En tiempo del *sansculotismo* y pobretería se inventaron las levitas que los italianos llaman cumbre-miseria, pero en Francia es un *deshabillé*, esto es, es un vestido sin ceremonia, de casa: nadie se presentará con él en tertulia. El español lo ha hecho un vestido solemne y general.»

La malicia de Mier, combinada con su pasión y su ilustración, le sugiere asimismo, á cada rato, intencionadas y graciosas pinturas caricaturescas de las cosas que ve en su *viaje entretenido*. Lo grotesco, lo picante, y algunas veces lo grosero, lo atraen, lo seducen. Gusta de dejarlos asomar aquí y allá, en las descripciones y juicios:

«Sin salir jamás—apunta—del Circuito del *Palais Royal*, se puede tener todo lo necesario á la vida, al lujo y á la diversión. Había allí once cocinas, catorce cafés, dos teatros grandes y tres pequeños, etc., y hasta secretas con su *bureau* ó mesa de cambio de monedas, y gentes de peluca que ministraban servilletas para limpiarse y agua de *lavande* ó alhucema para salir con el trasero oloroso. Y hasta de las malas mujeres se venden por allí, á hurtadillas, almanaques, ya en prosa, ya en verso, con sus nombres, habitaciones, dotes y propiedades.»

Los pasajes chuscos y divertidos se suceden por todas partes, interrumpiendo una historia de dolor, de heroísmo y de voluntad. Estos incidentes y una candorosa vanidad acerca de la gallardía personal y del valer intelectual de Fray Servando, nos obligan á sonreír con dulzura, ó á reír con franco regocijo. Tal vanidad no es en Mier repugnante, ni siquiera molesta; es, por el contrario, simpática, por sincera, por espontánea, por infantil. Es un orgullo de niño.

“Yo fuí embarcado hasta León, y allí atravesé la Provenza en la zaga de un coche, abrasado del sol, hasta Marsella, y ví en Viena, cien pasos fuera, el sepulcro de Pilatos. Tenía la fortuna de que mi figura, todavía en la flor de mi edad, atraía en mi favor á los hombres y á las mujeres: el ser de un país tan distante como México me daba una especie de ser mitológico, que excitaba la curiosidad y llamaba la atención; mi genio festivo, candoroso y abierto, me conciliaba los ánimos; y en oyéndome hablar, para lo que yo procuraba comer en mesa redonda, todos eran mis amigos, y nadie podía persuadirse de que un hombre de mi instrucción y educación fuese un hombre ordinario....”

Pero multiplicaría yo las citas. La estancia de Mier en Francia, en Italia, en Cataluña, en otros lugares de España, le da motivo para observar curiosa y desenfadadamente. En Ma-



drid su genio irónico cosquillea y provoca la risa. Ved, por ejemplo, este cuadro de Goya:

“Casi el día que llegué vi por la calle de Atocha una procesión, y preguntando que era, me dijeron que era la Virgen P.... Y es que como la imagen es hermosa, la asomaba por entre rejas una alcahueta para atraer parroquianos. El lenguaje del pueblo madrileño anuncia lo que es, un pueblo el más gótico de España. Una calle se llama de *arrancaculos*, otra de *tentetieso*, una de *majaderitos anchos*, otra de *majaderitos angostos*. Uno vende leche, y grita: ¿Quién me compra esta leche ó esta mierda? Las mujeres gritan: ¡Una docena de huevos! ¿Quién me saca la huevera?....

“Oí pedir limosna: Señor; que me pele una limosna por Dios chiquito: es la Procesión del Buen Pastor; Corpus es Dios Grande. A toda esquina se le llama esquinazo y á la puerta de una casa, portal.

“En el centro de Madrid vive gente fina de todas las partes de la Monarquía; pero no puede salir á los barrios porque insultan á la gente decente. En los barrios se vive como en un lugar de aldea. Los hombres están afeitándose en medio de las calles y las mujeres cosiendo. El barrio más poblado é insolente es el del Avapiés. Y cuando hay fandango de manolos en los barrios, el del Avapiés es el bastonero. Esta preferencia la ganaron en una batalla de pedradas que se dieron montados.

en burros. Los mismos reyes tienen miedo de ir por allí, y paseando un día la reina en coche por junto al río Manzanares, donde lava el mujerío manolo, la trataron de pu... porque el pan estaba caro. La reina echó á correr, y prendieron unas treinta que luego soltaron, porque la cosa no era sino demasiado pública.”

Todos estos rasgos de *humorismo* sano y sencillo, nos sirven, mientras vamos leyendo, para reconstruir la España de Carlos IV y resucitar, con pormenores característicos, á los hombres, tanto como para reproducir en la pantalla imaginativa las costumbres y las cosas.

Esta *Apologia*, esta historia pandemoniaca, escrita á los impulsos del afecto y del aborrecimiento, con lágrimas y risas, esta maravillosa linterna por la que pasan episodios de tristeza, de desesperación, de alegría, de cólera y de burla, es, desde el punto de vista literario, la obra más importante de don Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra. Está incompleta, por desgracia, en el punto de mayor interés. No sabemos, sino por narradores fríos, la continuación de esta existencia atormentada de amor á la libertad. Otros libros son tal vez de mayor trascendencia: los de historia y los de política. Pero, lo repetimos, en ninguno se revela mejor el hombre; en ninguno se muestra más seguramente el escri-



tor. A pesar de sus incorrecciones de lenguaje, de su léxico pobre, de sus ligerezas y extravíos, derrama calor humano; es potente porque está vivida. Debe leerla aquel que sienta flaquezas morales y necesite reforzar y estimular sus energías. La *Apología* es una inolvidable lección de cultura de la voluntad.

Fray Servando, ya secularizado, continuó los prodigios de su vida sobresaltada. Organizó, como digo arriba, la expedición de Mina; buscó y halló en países extranjeros, para la formación de la Patria, fé, valor y dinero. Todavía á los sesenta años intentó y realizó su última fuga. Su clarividencia no se ofuscó ante el espectáculo, cuadro de *opereta*, del Imperio de Iturbide, al cual dirigió crueles epigramas. Don Lorenzo de Zavala, que nunca vió con buenos ojos á Mier, refiere que éste llegó por el mes de Julio de 1822 á México, escapado de San Juan de Ulúa, en donde le tuvo prisionero el General Dávila. Estaba nombrado diputado por su provincia, y entró desde luego á ejercer sus funciones, «aunque, siendo religioso dominico, no era legal su nombramiento. (1)

«Este eclesiástico había adquirido cierta celebridad por sus padecimientos y por algunos escritos indigestos que había publicado en Londres sobre la revolución de Nueva España. Desde el momento de su llegada á México se

[1] Está en un error Zavala. Mier fué secularizado en Roma en el año de 1803. Véase la *Colección de documentos* de Hernández Dávalos, tomo VI, pág. 854.

declaró públicamente enemigo de Iturbide, contra cuya elevación al trono había ya manifestado sus opiniones desde que pisó el territorio. No faltaron quienes dijeron que Dávila le había dejado en libertad con el objeto de lanzar ese elemento más de revolución entre los mexicanos. En efecto, por tal debe reputarse á este hombre, cuya actividad era igual á su facundia y osadía. Hablaba del Emperador con tanto desacato, ponía tan en ridículo su gobierno, que el tolerarle hubiera sido un principio de destrucción más, entre tantos como existían. Declamaba en el Congreso, en las plazas, en las tertulias, y predicaba sin embozo, provocando la revolución contra la forma adoptada.»(1)

Y sin embargo, el criterio de Fray Servando se había serenado y robustecido por la experiencia y el estudio. No era ya un jacobino al rojo blanco como en sus primeros años. Su retrato político está pintado por él mismo en su famoso discurso del 13 de Diciembre de 1823, pronunciado en el primer Congreso Constituyente é impreso más tarde con el título de: *Profecía del Doctor Mier sobre la Federación Mexicana.*

“..... Yo también fuí jacobino, y consta en mis dos *Cartas de un americano al Español en Londres*, porque en España no sabíamos más que lo que habíamos aprendido en los li-

(1) Zavala, *Ensayo histórico de las revoluciones de México.*



bros revolucionarios de la Francia. Yo la ví veintiocho años en una convulsión perpetua, veía sumergidos en la misma á cuantos pueblos adoptaban sus principios; pero como me parecían la evidencia misma, trabajaba en buscar otras causas á que atribuir tanta desunión, tanta inquietud y tantos males. Fui al cabo á Inglaterra, la cual permanecía tranquila en medio de la Europa alborotada, como un navío encantado en medio de una borrasca general. Procuré averiguar la causa de este fenómeno; estudié en aquella vieja escuela de política práctica, leí sus Burkes, sus Paleys, sus Bentham y otros muchos autores, oí á sus sabios, y quedé desengañado de que el daño provenía de los principios jacobinos. Estos son la caja de Pandora donde están encerrados los males del Universo. Y retrocedí espantado, cantando la palinodia, como ya lo había hecho en su tomo VI mi célebre amigo el español Blanco White."

No se trataba, pues, á pesar de las observaciones de Zavala, de un demagogo insensato, sino de un convencido experto, cuyo temperamento lo obliga á la exaltación, pero también cuyas pasiones se mueven en un sólido cimiento de reflexión y de ilustración.

Mier dió principio á su dramática celebridad con un discurso sagrado; la selló con otro discurso profano. Y aun pudiera afirmarse que la famosa oración que niega la aparición de

la Virgen de Guadalupe, es un discurso tan político como el que combate la federalización mexicana. Uno en 1794, otro en 1823 son elocuentes gritos de libertad. En el púlpito y en la tribuna parlamentaria, este ingenio fué todo sinceridad, todo verdad. La luz de su honrada conciencia se filtra por la urdimbre teológica, apretada como una reja claustral, en 1794, y, se expande, como una aurora, en 1823.

Mier era un orador fogoso, singularmente atractivo y conmovedor. Su verba, reforzada con la figura, con el ademán, con el gesto, con el fuego impaciente de la mirada, adquiría brillo y animación insuperables.—“En las discusiones se animaba con facilidad, y sorprendían algunas veces elocuentes rasgos que él vertía con voz encantadora y que sonaba como la plata”. (Don José María Tornel y Mendivil—*Breve reseña histórica de los acontecimientos más notables de la Nación Mexicana desde el año de 1821 hasta nuestros días.*)

La muerte fué la última evasión de este espíritu irreducible y pujante que luchó sin treguas ni desfallecimientos. A los sesenta y cuatro años se rindió Fray Servando. Para que sus características dotes de originalidad y acción no lo abandonasen ni un momento durante su tránsito mundano, él mismo, días antes de su muerte, *puesto ya el pie en el estribo*, «montó en un coche y fué, en persona, á convidar á sus numerosos amigos para que al día



siguiente asistieran á su sacramento.» Y es que en el fondo de su alma sencilla y pura se agitó siempre un gran deseo de fraternidad, de concordia, de comunión humana. Una infinita ternura llenaba el corazón de este constante enamorado de la justicia, de la Patria, del ideal. Era un afectuoso; era más, un afectivo. Así lo confiesa él mismo en un rasgo ingenuo y adorable: "Yo nací para amar, y es tal mi sensibilidad que he de amar algo para vivir."

\* \* \*

La *Apología* de Fray Servando tiene una gemela en la autobiografía de don José Miguel Guridi Alcocer, muy distinguido hombre de letras y orador político de fuerza. Guridi Alcocer figuró en las Cortes españolas de 1810, como diputado por la provincia de Tlaxcala, y allí se distinguió por la seguridad y fundamento de su juicio y la templanza de su palabra.

Era doctor en teología y cánones; ejerció la abogacía en la Real Audiencia; fué más tarde Provisor y Vicario general del Arzobispado, y, después de desempeñar curatos humildes en las diócesis de Puebla y de México, llegó á alcanzar el privilegiado del Sagrario Metropolitano. Dijo sermones edificantes; pronunció discursos notables; escribió poesías líricas y mo-

nografías filosóficas y morales. (1) Sus *Apuntes* son, con su apariencia de intimidad y sencillez, lo más interesante que produjo la pluma de Guridi Alcocer, si se toma este trabajo por el lado puramente psicológico. Y digo lo más interesante porque en las páginas de los *Apuntes* han quedado huellas humanas, como esas que suelen descubrir los sabios en las viejas capas geológicas. No se puede dudar; el rastro está indeleble y nos obliga á decir: por aquí pasó un hombre. Un hombre con sus vicios, con sus pasiones, con sus virtudes, con su inquietud, con sus caídas de pecador y sus arrepentimientos de creyente.

Guridi Alcocer manuscibió sus *Apuntes* por un impulso, según refiere, extraño casi á su voluntad.

«Ha días—comienza—me trae inquieto el pensamiento de hacer unos apuntes de mi vida. Yo mismo no he podido averiguar la causa que me mueve, por más que la inquiero y me la pregunto: tan impenetrables así somos los hombres. A veces me parece que me lleva el fin de no olvidar jamás mis principios y defectos, para moderarme en los sucesos prósperos y sobrellevar los adversos. Otras me temo no me mueva aquel espíritu de ociosidad, en que encontramos más gusto que en las cosas

(1) Guridi Alcocer escribió, según Beristáin, un *Curso de filosofía moderna*. Es de suponer que esta obra, la cual quedó inédita, debiera mucho al movimiento en favor de la filosofía moderna [Descartes Locke... ] iniciada por el P. Gamarra.



de importancia. Quizás será una especie de vanidad de complacernos con algunos rasgos honrosos, que no faltan en el más despreciable, cuando ha recorrido algo del mundo. Lo que me atrevo á afirmar es que lo primero es lo que más dista de la verdad, porque me conozco bien. No he sabido cultivar aquellas ramillas de virtud que sembró en todos la Naturaleza: he dejado crecer demasiado la cizaña, la cual ha sofocado aquel precioso grano».

Lo que yo creo que lo movía á escribir sus memorias era la influencia de las lecturas francesas. Guridi Alcocer era uno de los pocos que entonces sabían y cultivaban la lengua de Racine.

El ginebrino Juan Jacobo, con su morboso cinismo, con su sensualidad y su sentimentalidad hiperestesiadas, con su afán de desnudar el alma en la plaza pública, para que la escarneciesen y la compadeciesen al mismo tiempo, había despertado ese deseo de *pelicanismo*, de que, en reciente libro, nos habla la Condesa de Pardo Bazán.

Y el contagio llegó á México y enfermó al buen cura Guridi Alcocer; y lo obligó á referir escabrosas y picarescas aventuras, en las cuales el amor, el placer y el vicio salen varias veces á recitar sus desvergonzados parlamentos. Las intrigas eclesiásticas se enredan entre las truhanerías y tejen sus arabescos de cinismo. La introspección simple, sin reconditeces,

sin análisis complicados, es una operación espiritual que hace constantemente el autor de los *Apuntes*. Se estudia; ve su *yo* con mucha claridad. Y lo mismo estudia y ve el medio en que vive, las gentes con quienes se pone en contacto, los vicios sociales y personales. Es un observador repentista. Muy pronto se da cuenta de los fenómenos que caen bajo el dominio de su observación.

El insigne don Joaquín García Icazbalceta, que guardaba como un tesoro, en su biblioteca particular, el manuscrito de Guridi, lo juzgó, afirmando de él que era una «autobiografía sumamente curiosa por las cosas que el autor se atreve á contar de sí mismo, y por la pintura de las costumbres de la época».

El representante de Tlaxcala en las Cortes Españolas usa, en los *Apuntes*, de un estilo narrativo conciso y sobrio, no ayuno de gracia, y, en algunas partes, no desposeído de pureza y elegancia.

Y ya que recuerdo en mi estudio el indiscutido mérito de Guridi y Alcocer, quien alcanzó, con el hechizo de su noble elocuencia, á que se reconociesen una vez más en España la ilustración y talento de los indios, no debo olvidar otro nombre que dió gran prestigio á la colonia en los centros intelectuales de la península y que ha dejado huella perdurable en la historia del derecho hispano y en el seno de la Academia Española de la Lengua: don Ma-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
D. A. N. L.



nuel de Lardizábal y Uribe, hermano de aquel famoso don Miguel que hizo en las Cortes de Carlos IV y Fernando VII un papel de primera importancia.

Los dos hermanos nacieron cerca de Tlaxcala, en la intendencia de Puebla, y estudiaron en el Colegio de San Ildefonso de México. Muy jóvenes se partieron á España. En ella hicieron señaladísima carrera y ganaron fama y honores, no sin adversa fortuna y multiplicadas contrariedades. Don Manuel, que es el verdadero literato,—porque á don Miguel puede considerársele especialmente como político, aunque ambos fuesen ilustrados y cultivasen las letras,—llegó á la madre patria con buen acopio de enseñanzas y no despreciable cultivo mental. En el Colegio de los jesuítas de México estudió filosofía y letras y algunos cursos de jurisprudencia. Poco tiempo después de residir en Europa fué borlado en la Universidad de Valladolid. Veintidós años tenía don Manuel de Lardizábal cuando pisó costas españolas: á los treinta y seis entró en la Real Academia Española de la Lengua, cuyo ilustre cuerpo le otorgó el honor de nombrarle su secretario perpetuo poco después. Su fama se acrecentó con los estudios filológicos y jurídicos que sucesivamente emprendió durante su permanencia en Madrid.

Y aquí me asalta la duda que tengo también respecto de otros hombres de letras: ¿Lardizá-

bal nos pertenece? ¿Pertenece á España? Fuera de que en aquella época, y vistas las cosas desde un punto superior, no existían estas diferencias y distingos, juzgo que don Manuel de Lardizábal, que aquí comenzó á educar su intelecto y allá completó su educación, no nos pertenece por entero, pero sí á medias; es, intelectualmente hablando, un árbol trasplantado que, después de su primera florescencia, nutrido con otras savias, dió los más jugosos y sazonados frutos. El largo contacto con la vida netamente peninsular, con sus hombres, con sus costumbres, influyó en Lardizábal para que considerara tal vez no esencial, sino accidental, su nacimiento en tierra americana.

De cualquier modo que sea, es preciso consignar aquí la personalidad de un poderoso talento, de un escritor castizo y alto, á quien se cita todavía, con profundo respeto, en toda obra sobre el Derecho español. Los grandes trabajos de Lardizábal, además de su colaboración en dos ó tres ediciones del *Diccionario de la lengua castellana*, son: el extenso estudio de la legislación penal, que debía haber servido de base á la reforma intentada por Carlos III, pero no realizada hasta medio siglo después, y del cual salió el celebrado *Discurso sobre las penas*, fundado en las teorías de la escuela clásica creada por Beccaria, é informado en amplio espíritu de tolerancia y *humanidad*; la compilación de leyes que, iniciada por él,



había de aparecer al fin, modificada por otro jurista, con el nombre de *Novísima Recopilación*; y la monumental edición, primera bilingüe, del *Fuero Juzgo*, en la cual colaboró con Jovellanos y otros académicos, y donde figura su estudio, erudito y conciso, sobre la legislación de los visigodos y la formación del *Fuero*.

El estilo de don Manuel de Lardizábal se caracteriza por un prurito constante de huir de la imagen, de la metáfora, y de dejar percibir el concepto, un poco frío y rígido, es verdad, pero neto y clarísimo, por bajo la transparencia y pureza de la forma. Y al decir pureza debe entenderse y recordarse la que, en aquellos tiempos de *afrancesamiento* inevitable, tuvieron los escritores españoles, á quienes, de cuando en cuando, les sucede que penetran en comarcas del fraternal idioma romance, traspasando sin advertirlo, los límites, del predio propio, señalados con seculares mojoneras.

Lardizábal, como expresé, es claro y sencillo, y estas dos cualidades prestan á sus escritos una severa y natural elegancia. Para la clase de estudios á que dedicó sus facultades, ningún estilo más adecuado que el que cultivó con tan prolongado suceso. Los graves pensamientos jurídicos suelen exigir, como genuina indumentaria, el negro ropón del magistrado.

Tampoco debo dejar pasar inadvertido á otro hombre excepcionalmente influyente en

las letras y en la política nacionales: el notable abogado don Juan Francisco Azcárate y Lezama. No creo pertinente extender en el presente estudio mis apreciaciones acerca de Azcárate, á quien luego hemos de encontrar pronunciando uno de los más hermosos discursos patrióticos. Azcárate, personaje de influencia, letrado inteligente, y literato de estudio y fuste, es, sin embargo, un poeta mediano, como lo comprueban las escasas composiciones en verso que dejó publicadas, y un crítico de cortos vuelos. Sobresale como orador, y en casi todos sus escritos suena la entonación tribunicia. (1)

Oradores fueron también, y algunos de gran aliento, los diputados de las provincias del virreinato de Nueva España para los cortes nacionales en 1810. Distinguiéronse de modo especial, en aquel cuerpo político, los señores don José Beye de Cisneros, eclesiástico; don José Miguel Gordoá, catedrático del Seminario de Guadalajara; don Miguel Ramos Arizpe, cura del Real de Borbón, y el ya citado don José Miguel Guridi Alcocer.

\*  
\* \*

La poesía desmedrada y pulida de los *mendistas* y *moratinianos* calló también, como

[1] Beristáin nos da la interesante noticia de que Azcárate escribió una *Historia de la literatura mexicana*: debía de saberlo Beristáin, pues tuvo relaciones con Azcárate tanto políticas como literarias.



pájaro asustado, á los primeros ruidos de la tempestad revolucionaria. Muchas endechas de almíbar se deshicieron en las primeras gotas de sangre insurgente. No aletearon con la viveza de antes, ni esponjaron con voluptuosidad sus plumas tornasoladas las torcaces arrulladoras de las anacreónticas. Mirtilo empezó á dejar de llorar los desdenes de Filis, y Batilo se alejó lentamente, sin soplar flébiles gemidos en las cañas de su albogue. Poco á poco se extinguieron los cándidos erotismos *pseudo-clásicos*.

Todavía algunos pastores de la ya decadente Arcadia recuerdan su dulce manera de contemplar y de sentir la naturaleza, y, de cuando en cuando, empuñanse en cantar

.....del campo  
la quietud é inocencia,  
de Baco las locuras  
y del Amor, las flechas;

pero sus cantos suenan á voz remota, ó más bien á eco de lejana canción.

El *Diario de México*, tan entusiasta, tan ameno y literario, comienza desde 1811 á perder algo de su carácter de protector de las producciones poéticas y á ocupar á menudo el lugar preferente de los versos con algún otro escrito en prosa, sobre motivo social ó político, ya que no lo haga con bandos, disposiciones ú otros documentos gubernativos.

El caudal de la rima viene empobreciéndose; no es ya aquel resonante río que inundaba con frecuencia las comarcas del pensamiento; ha aplacado su corriente y ahora corre manso por el cauce de la publicidad, semiobstruído desde entonces hasta diez años después por los obstáculos de la taimada y recelosa política metropolitana.

Y ésta suele versificar. La tendencia española de cristalizar en palabras rimadas así la vida individual como la colectiva y de arrojar en el molde del metro la emoción que pasa, para lapidificarla, por decirlo así, en una perdurable forma verbal, halla en esta vez una derivación á propósito, y de ella se vale para seguir reflejando y expresando las impresiones de la existencia colonial: me refiero á las fábulas y á los epigramas. Unas y otros sustituyen por largo tiempo á las poesías amorias y bucólicas, y ocupan el sitio destinado antes á éstas.

Cruzan las sátiras, como venenosas y sutiles dardos de alusión; cruzan las pasiones, los rencores, las esperanzas, con su disfraz de frivolidad y de risa. Sólo así, porque no las conocen los esbirros, pueden salir á la calle y comunicarse con la gente; sólo así pueden pasar sin castigo bajo la mirada furiosa de la censura. Son mañosas, hipócritas, mal intencionadas y traviesas. El género apológico es un arma de manejo difícil, pero de gran utilidad en las luchas arteras de la política. Es una